

Lástima su abatimento
Ni aun á mirarnos se atreve.

Cánd. Joaquín, para estos momentos
Es el valor. No te aflijas.
Si yo pensara como ellos
Podría desampararte
Alegando otros pretextos
Sin duda mas oportunos;
Mas decorosos al menos.
Yo veo tu desventura,

(Tomándole afectuosamente la mano.)
Y no mis resentimientos.
Aun no me atrevo á brindarte
Con mi amistad : la reservo
Para cuando experimente
El reparo de tus yerros.
Pero en nombre de mi esposa
Y mi tío te prometo
Favor y hospitalidad.

Joaq. Esa bondad sin ejemplo
Me confunde mas que todo.
Perdóname si no acierto
A responderte.

Cánd. ¡Eh, no llores!
Bruno. Dejémonos de lamentos,
Y á la enmienda. Con nosotros
Vivirás : yo lo consiento.
Ahora en tí solo consiste
Granjearte nuestro aprecio.

Cat. Vámonos á la posada
Cuanto antes, porque no quiero
Estar un instante mas
En esta casa. — Ya es tiempo
De sentar esa cabeza,
Joaquinito.

Joaq. ¡Ah! Yo lo ofrezco.
Cat. Sea usted hombre de bien.
Y no vuelva á hacer sonetos.

A MADRID ME VUELVO,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 25 DE ENERO DE 1828.

PERSONAS.

CARMEN.
DoÑA MATEA.
DON BERNARDO.
DON BALTASAR.
DON ESTEBAN.

DON FELIPE.
DON ABUNDIO.
EL TÍO LAMPREA.
CRIADOS.

La escena es en un pueblo de la Sierra de Cameros, en una sala baja de la casa de don Baltasar, con muebles antiguos, dos puertas y una ventana que da á la calle.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON BALTASAR.

El huésped no se ha vestido,
Y se va haciendo muy tarde.—

(Mira el reloj.)

Las siete. —Estos cortesanos
Son lo mismo que las aves
Nocturnas. Eh, no me admiro.
Después de un molesto viaje
Por caminos tan perversos
Y posadas tan fatales...
¡Hola! Ha abierto la ventana
*(Mirando á la puerta del cuarto de don
Bernardo.)*

Sin esperar que le llamen.
Vamos; no es tan perezoso
Como creía.—Ya sale,

ESCENA II.

DON BALTASAR, DON BERNARDO.

Bern. Buenos días, Baltasar.

Balt. Felices. ¿Qué tal el catre?

Bern. He dormido bien.

Balt. Me alegro.

¿Quieres tomar chocolate?

Bern. No. Mas bien almorzaria

Otra cosa.

Balt. Muy bien haces.

El chocolate no es mas

Que un despertador del hambre

Y un laboratorio de tripas.

Este año que soy alcalde

He resuelto prohibirlo.—

¡Tío Lamprea! *(Llamando.)*

Si te place

Sentémonos : me dirás,

Mientras de almorzar nos hacen,

Qué poderosos motivos

A la Montaña te traen

Cuando menos te esperaba.—

¡Lamprea! — Como llegaste

Tan cansado del camino,
Y habia gente delante,
Y eran ya mas de la nueve,
Nada quise preguntarte.—
Pero ese viejo maldito...
¡Lamprea!

Lamp. Ya voy. (Dentro.)

ESCENA III.

DON BERNARDO, DON BALTASAR,
LAMPREA.

Lamp. ¿Qué diantre!
¿Por qué grita usted?

Balt. ¿Por qué
Das lugar á que te llamen
Tantas veces?

Lamp. Yo no salgo
De mi paso, usted lo sabe,
Aunque ardiera el universo.
Primero soy yo que nadie;
Y hace usted mal...

Balt. ¿Será cosa
De que ahora me regañes?

Lamp. Es que á mí no se me trata
Como á cualquier badulaque.
¿Entiende usted?

Balt. Basta ya.
Lamp. Cuidado que no hay aguante...

Balt. Bien, hombre; tienes razon
Ahora y siempre que me hables.
Di á Gervasia que nos fria
Unas magras con tomate,
Y llena un par de botellas
De aquella cuba...

Lamp. ¿La grande?

Balt. Si; y despacha; qué yo tengo
Que salir.

Lamp. Voy al instante.

ESCENA IV.

DON BERNARDO, DON BALTASAR.

Balt. Estos criados antiguos
Se toman mil libertades;
Pero á un hombre que es tan fiel
Algo ha de disimularse.—
Con que ¿estableecerte piensas
En el lugar? ¿Qué bien haces!

Bern. Si, que ya estoy fastidiado
De la corte.

Balt. Aquí los aires
Son mas sanos; las costumbres
Mas sencillas; aquí á nadie
Se guarda contemplaciones

Sino al cura y al alcalde;
Aquí hay salud y apetito;
Allá es un pobre petate
El mismo que aquí es feliz
Con cuatro ó cinco heredades.

Bern. Algunos son desgraciados

Porque segundones nacen,
Yo, al contrario, debo dar
Muchas gracias á mi madre
Porque tuvo la humorada
De parirme un poco tarde.
Quedamos huérfanos. Tú
El mayorazgo heredaste,
Y yo á la edad de quince años
Tuve á bien emanciparme.
Atravesado en un mulo
A Madrid hice mi viaje;
Me recibieron de *hortera*
En la casa que ya sabes:
Me porte bien; me estimaron;
Mis salarios y mis gajes
Dejé al riesgo del comercio;
Crece mi peculio; cae
Enfermo mi principal...

¿El médico era hombre grande!
Le mató de puro sabio.

Se hicieron los funerales;
Di en consolar á la viuda;
Y ella, que era muy amable,
No tomaba á mal que yo
Sus lágrimas enjugase.

Nos casamos; cerró el ojo
A las ocho navidades;
Su herederó universal
Me nombró; Dios se lo pague!
Y me encontré millonario

Yo que pocos años antes
No tenia sobre qué
Caerme muerto. Al instante
El tráfico me aburrió
Tan contrario á mi carácter.

No quise ver mi fortuna
Expuesta á los huracanes,
Los subsidios, las aduanas,
La guerra y el agiotaje;
Y empleando mi caudal
En casas y en olivares
Que me dan muy buena renta
Y cuestan pocos afanes;

Jóven todavía, alegre,
Sin familia y sin achaques,
En las olas de la corte
Bogó intrépida mi nave.—
La felicidad buscaba

Con ansia por todas partes.
No perdonaba conciertos,
Tertulias, suntuosos bailes,
Espectáculos, banquetes...

¡Baltasar! todo era en balde.
(*El tio Lamprea va trayendo lo necesario
para el desayuno hasta dejar la mesa
cubierta.*)

En cambio de algun placer
Frivolo y poco durable
Siempre estaba atormentado
De disgustos y pesares,
Y en mi corazon sentia
Un vacío perdurable.
Mis queridas todas eran
O coquetas, ó venales;
Y entre cien aduladores
Que me chupaban la sangre,
Ni un solo amigo contaba
Que por mi propio me amase.—
¡Fuera de aquí! dije un dia.
En las grandes capitales
Buscar la dicha es error.
Hallarla será mas fácil
En la pacífica aldea.
No en vano tanto la aplauden
Los poetas, y mil pestes
Nos dicen de las ciudades.
Tomé un coche de colleras
Y empecé alegre mi viaje
Al lugar donde nací,
Deseoso de abrazarte,
Y pasar contigo el resto
De esta vida miserable.

Balt. Eres un héroe, Bernardo.
Deja que otro vez te abrace.
La corte es un laberinto;
Es una casa de orates;
Un infierno.

Bern. ¡Oh! si, un infierno.
Si entramos en el exámen
De los vicios infinitos
Que la hacen abominable,
Te aseguro...

Lamp. Cuando ustedes
Quieran, pueden acercarse. (Vase).
Balt. Vamos allá. (*Se sientan á la mesa.*)
Te haré plato.

Bern. Yo me le haré; no te canses.

Balt. Como quieras.— Al principio
Es muy natural que extrañes
El lugar. Aquí no tienes
Aquellas comodidades
De la corte. Los paseos...

Bern. ¿Paseos? ¿Qué disparate!
No se pasea en Madrid
Aunque el médico lo mande;
Se rabia. Fuera de puertas,
Ya que nada de agradable
Ni de ameno tiene el campo,
Al menos es puro el aire;
Pero desdeña el buen tono

Lo que alegra á los gañanes.
¿Cuánto mejor es el Prado!
Allí se lucen los trajes;
Allí se arman las intrigas,
Y se disponen los briles;
Se corteja á las muchachas;
Se hace burla de las madres;
Se critica á los de atrás;
Se pisa á los de delante
Ya te llama la atencion
Aquel delicado talle,
Donde la naturaleza
Gime víctima del arte:
Ya el cabello de Belisa...
Que se lo debe á un cadáver;
Ya la blancura de Anarda
Que encarece el albayalde.—
¿Quién se apea de aquel coche?
La marquesa del Ensanche,
Que antes de ayer fué modista.
¿Quién es aquel botarate
Que talarea entre dientes
Un aria de *Mercadante*,
Y va saludando á todos
Aunque no conoce á nadie?
Es el hijo de un fondista
Que vino aquí desde Flandes,
Y dando gato por liebre
Llegó á hacerse un personaje.—
¿Qué Babilonia! ¿Qué polvo!

¿Qué divertido contraste
Hacen aquellos galones
Y aquel lacónico fraque
Con los andrajos heliondos
De aquel intonso pillastre
Que va vendiendo candela!
Y el ruido de los carruajes;
El guirigay de la gente;
Aquel continuo rozarse;
Y al lado de Apolo, ¡el nimen,
El creador de las artes!
Aquel batallon de sillas
Tan prosáicas, tan infames...
¡Uf! Quitá allá. De pensarlo
Me están temblando las carnes.

Balt. Pero las buenas tertulias
Ese fastidio resarcan;
Y en Madrid...

Bern. Reniego de ellas.
Algunas hay regulares;
Pero la etiqueta, el tono
Las hacen insoportables.
En otras mandan en jefe
Lechuguinos y pedantes;
Y el que no gasta corsé
Y, aunque fino en sus modales,
No baila cuando saluda,
Ni pone en boga á su sastre,

En un rincón hostezando
Hace un papel despreciable.
En otras de dos en dos
Se acomodan los amantes,
Requebrándose al oído
Sin hacer caso de nadie;
Y el pobre número impar
Espera á que haya vacante
Jugando á la perejila
Con las feas y las madres.
Por último, en todas ellas
El que no baila es un café;
El que no canta, un caribe;
El que no juega, insociable;
El hombre formal se aburre,
Y los tontos... se distraen.

Balt. Por fortuna allí hay teatros,
Y, por no mortificarte,
Muchas noches...

Bern. No he perdido
Función; pero en todas partes
Me han perseguido los necios.
Gastaba mis doce reales,
Y pico, con el objeto
De instruirme y recrearme;
Pero en vano muchas veces.
Ahora un lampiño elegante
Flecha el antejo en un palco
Y me pisa al perfilarse.
Poco despues, y en la escena
Tal vez mas interesante,
Llora en la cazuela un niño.
No bien se logra que calle,
Dos títeres, que me puso
Mi mala estrella delante,
A media voz deletrean
La traduccion en romance
De una ópera italiana;
Y despues que ni una frase
De la comedia han oído,
Dicen que es abominable.
Nunca me falta un moscón
Que con preguntas me balde. —
¿Qué función hay en la Cruz?
¿Qué sueldo tiene *Vaccani*?
¿Cuáles son los privilegios
De las damas y galanes?
¿Qué sáinetes hacen? ¿Vió usted
Hacer el *Otelo* á *Maiquez*?
Otro, incomodando á todos,
Y solo porpue reparen
En él, viene á su luneta
Poco antes del desenlace;
Y si silban los de al lado
Silba; aplauden, aplaude.
Otro... Vamos, no hay paciencia.
Concluyo con afirmarte
Que el hombre recto y juicioso

En la córte vive mártir. (*Se levantan.*)

Balt. Bien dices. — Aquí estás libre
De esas incomodidades.
No hay paseos, ni teatro,
Ni óperas buffas, ni bailes,
Ni tertulias...

Bern. ¿Cómo es eso?
Pues las noches perdurables
Del invierno ¿en qué se pasan?
La población no es muy grande,
Pero siempre habrá á lo menos
Diez familias principales
Que podrían reunirse...

Balt. Ya se ve; si no mediasen
Pleitos, chismes, etiquetas...
No hay dos casas que se traten.
Pero esto á mi ¿qué me importa?
Yo no necesito á nadie.
Cada uno en su casa, y Dios
En la de todos.

Bern. No obstante,
La sociedad...
Balt. Esa fruta
No se come en los lugares;
Pero no faltan placeres
Que suplan...

ESCENA V.

DON BERNARDO, DON BALTASAR,
DON ABUNDIO.

Abun. Inclito alcalde,
Dilectísimo Mecenás
De este respetuoso vate,
Buenos días. En las casas
Que llaman consistoriales
El senado reunido,
Permitaseme esta frase,
Espera á su presidente.
Bern. (¡Calla! ¿También hay pedantes
En la Sierra?)

Abun. Yo, no digno
Secretario...

Balt. Que se aguarden
Un momento. Pronto voy.
Abun. Así al regidor Pelaez,
A quien por antonomasia
El vulgo llama *Tres panes*,
Nuncio fiel se lo diré,
Pero ¿puedo gratularme
Con la placida esperanza
De obtener, de mis afanes
Optado premio, el empleo
De sacristán y sochantre
De esta población, que vaca?
Es decir, que está vacante
Por súbita defunción

De don Ciriaco Gonzalez?

Balt. La plaza será de usted.
En mi protección descansen.
Abun. No tantas el turbio Reno,
No tantas el ancho Ganjes
Arenas cria, ni tantos
Cándidos sobre los Alpes
De frígida nieve copos
El torvo Aquilon abate;
Como yo beatos días
A usted le deseo. ¡Salve!

ESCENA VI.

DON BALTASAR, DON BERNARDO.

Bern. ¡El hombre es original!
¿Se entiende aquí ese lenguaje?
Balt. No por cierto. Yo estudié
Metafísica en Irache;
Y cuando habla, casi siempre
Me quedo en ayunas. ¡Sabe
Mucho el señor don Abundio!

Bern. Se conoce.
Balt. El hombre grande
Siempre se verá abatido.
Creyó poder sustentarse
En Madrid con sus talentos.
Escribió varios romances,
Sáinetes, discretos motes
Para damas y galanes,
Y ¿qué sé yo cuántas cosas?
Pero se moría de hambre
El bueno de don Abundio;
Porque en este siglo infame
Diez que son muy contados
Los que quieren ilustrarse,
Y nada impreso se vende
A excepción del almanaque.
Por fin, viéndose aburrido
El pobre, tomó el portante;
Y, con recomendación
De no sé qué personaje,
De dómíne y fiel de fechos
Aquí logró acomodarse.

Bern. ¡Hola! ¡Grande adquisición
Para el lugar!

Balt. Admirable.
El hace los villancicos
Cada año por Navidades.

Bern. ¡Oh! Pues teneis una viña
Con él.

Balt. ¡Yo lo creo!
Bern. ¿Y Cármen
Tu hija?

Balt. Está en su tocador:
Voy á decirla que baje.

Bern. No; no la incomodes. Ella
Bajará. Puedo engañarme,
Pero me debe muy buen
Concepto. Son sus modales
Finos sin afectación...

Balt. ¡Si ha estado en Soria, ¿quién sabe
Cuánto tiempo? con su tía
La comisaria!

Bern. Es amable,
¿No es verdad? y muy modesta.
Balt. ¡Oh! y muy linda. Toda al padre.
Bern. Ya habrás pensado en casarla.
Balt. Y con ventajas muy grandes.
Bern. Me alegro.

Balt. El mozo es muy rico;
De esclarecido linaje;
Cristiano viejo...

Bern. Muy bien.

¿Y Cármen...?

Balt. Hombre muy hábil
Para la vihuela.

Bern. Siendo

A gusto...

Balt. No hay quien le gane
A tirar la barra.

Bern. ¿Y ella...?

Balt. Un muchachón que no cabe
Por esa puerta.

Bern. La chica

Le amaré...

Balt. ¿Pues no ha de amarle?

Eso se supone; y luego...

Basta que yo se lo mande. —

Pero me están esperando.

Adiós, Bernardo. No extrañes

Que te deje. Hoy es la fiesta

Del pueblo; y como yo falte,

Nada se hará con concierto.

Hay función de iglesia en grande,

Y procesión, y novillos,

Árbol de pólvora, baile,

Rifas, gaita zamorana...

Mandaré por tí al instante

Con el dómíne, y verás

Cómo te diviertes. — ¡Cármen!

¿No bajas? — Vaya, hasta luego.

ESCENA VII.

DON BERNARDO.

Mucho voy á fastidiarme
En un pueblo donde no hay
Sociedad... Pero ¿es tan grave
Esta falta que no pueda
De mil modos compensarse?
Sobre todo, aquí habrá paz;

Y sin intrigas ni fraudes
Como en Madrid...

ESCENA VIII.

DON BERNARDO, CARMEN.

Cárm. Buenos días,
Tío Bernardo.
Bern. Dios te guarde,
Carmencita.
Cárm. ¿Ha descansado
Usted?
Bern. Sí, hermosa. ¿No sales
Tú á ver la fiesta?
Cárm. Soy poco
Amiga de semejantes
Funciones. Muy temprano
Fuí á misa; y prefiero estarme
Leyendo en casa.
Bern. Mi hermano
Me ha dicho que va á casarte
Muy pronto.
Cárm. (¡Ay Dios!)
Bern. Con un jóven
Poderoso, de la sangre
Azul, buen mozo...
Cárm. Sí; es cierto:
Padre quiere que me case...
Bern. Y á tí no te pesará.
Cárm. A mí...
Bern. Teniendo ese talle,
Y esa cara, y esos ojos,
Harto será que tú trates
De ser monja.
Cárm. No por cierto;
Porque al fin en todas partes
Se puede servir á Dios;
Pero...
Bern. Te turbas, y casi
Las lágrimas se te saltan.
Carmencita, no me engañes.
Yo no soy preocupado.
No puedo aprobar que un padre
Por su capricho, ó tal vez
Por el interés infame,
A sus hijos tiranice.
Tú eres la que ha de casarse,
Y no mi hermano. Formar
Delante de los altares
Un nudo que solo puede
En la tumba desatarse,
Es negocio muy formal.
Cárm. ¡Ah! Si mi padre pensase
Como usted... no me vería...
Bern. Con que ¿es decir que ese enlace
Repugna á tu corazón?

Cárm. Preciso es que lo declare:
Seré muy desventurada
Si me obligan á casarme
Con ese hombre; pero debo,
Aunque con la vida pague,
Obedecer...

Bern. Poco á poco.
Será lo que tase un sastre.
Estoy aquí yo, y primero
He de sufrir que me empalen.
¿Pues no faltaba otra cosa!
Cárm. Mi padre es inexorable,
Y en vano...

Bern. Nada me ocultes.
¿Hay en campaña otro amante?
Cárm. ¡Señor...!
Bern. No te dé vergüenza.
¿Voto va á cribas! No claves
Los ojos en tierra.

Cárm. Pero...
¿Qué empeño de sofocarme!
Bern. Un amor honesto y puro
Nada tiene de culpable
Si el objeto lo merece.

Soy indulgente. Es muy fácil
Que yo también me enamore,
Que aun soy de recibo. El martes
Cuarenta años cumpliré.
Si yo me confieso frágil
¿Cuánto mas deberá serlo
Una niña?

Cárm. Tío, un ángel
Aquí le ha traído á usted
Para protegerme. A nadie
Sino á usted revelaría
Mi oculto amor, mis pesares.
Un jóven, no acaudalado
En verdad, pero...

Bern. No pases
Adelante, que ya viene
El preceptor á buscarme.
Hablares mas despacio.

ESCENA IX.

CARMEN, DON BERNARDO, DON ABUNDIO.

Abun. Me envía el señor alcalde...
Bern. Ya sé. Me voy á vestir.
Soy con usted al instante.

(*Entra en su cuarto.*)

ESCENA X.

CARMEN, DON ABUNDIO.

Abun. Mi sitibunda pasión,

Que al de Tántalo equivale,
Si bien la juzgo, suplicio,
Bendice el grato mensaje
Que ofrecerte me procura
Mis humildes homenajes.
Mis homenajes humildes;
Que no así la que de un áspid,
Egipcia reina, fué presa;
Ni la que en redes de alambre
El unipede Vulcano
Encerró cuando *in fragranti*
En los brazos de Mavorte,
Estando la luna en Aries...

Cárm. Si no me habla usted mas claro,
Excusado es que se canse.
No entiendo esa algarabía.

Abun. Tienes cuarenta quintales
De razon. Una muchacha
Que es bonita como un ángel;
Graciosa como ella sola;
Con unos ojos capaces
De abrasar, no digo á mí
Que soy de hueso y de carne,
Sino al mismo mar Glacial,
No necesita quemarse
Las pestañas estudiando
La prosodia y la sintaxis.
Por tanto en vulgar estilo,
Aunque las musas me arañen,
Digo que por tí me muero;
Y que ni el troyano Paris,
Ni Pirro, ni Marco Antonio...

Cárm. Si usted pretende mofarse
De mí...

Abun. ¿Yo mofarme? Caigan
Sobre mí montes y mares
Si no es cierto...

Cárm. Bien; lo estimo.
Abun. ¿Y no mas? ¡Crudo desaire
Que es mi sentencia de muerte!
¿Y es justo que me desbanque
El imbécil don Esteban?

Cárm. Si en mi voluntad mandase,
Lejos de ser su mujer...

Abun. ¿Qué escucho? ¡Oh Jove! Renace
Mi agonizante esperanza.
¿Es cierto que ese elefante,
Ese avestruz con patillas
No merece que le ames?
Siendo así, quizá sucumba
Al amor que me inspiraste
Ese corazón de acero.
¡Oh! ¡Plegue á Dios que se ablande!
Y desde el lapón conciso
Hasta la eritrea Gades,
El mas plácido y feliz
Seré yo de los mortales.
No consientas que al altar

Ese mastuerzo te arrastre,
Mas como víctima pingüe
Que como consorte amante.
No tu alabastrina mano
A la de un bruto se enlace.
Dignate aceptar la mía;
Dignate *exaudir* mis ayes;
Que si no puedo ofrecerte
Riquezas y dignidades,
Mi sabiduría inmensa,
Mi facundia inagotable,
Si en obscura no la sume
Tu desden hórrida cárcel,
De mi númen los prodigios,
De mi vena los raudales...
¿Te ries? ¡Fausto presagio!
¡Ah! Mirame, dulce Cármen,
éxtático y genuflexo...

Cárm. ¿Qué hace usted?
Abun. ¡Oh! no te apartes.
Permite que de tus manos
En las ebúrneas falanges
Del venerando himeneo
El ósculo tierno estampe,
Y mi delirio...

(*La sigue de rodillas, y en esta actitud le
sorprende don Esteban, que entra sin
quitarse el sombrero, vestido como seño-
rito de lugar, con grandes patillas, y un
cigarro en la boca.*)

ESCENA XI.

CARMEN, DON ABUNDIO, DON ESTEBAN

Esteb. ¡Hola! ¡Hola!
¡Estamos lucidos! — ¡Alce
Usted de ahí, domine endeble,
Si no quiere que le arrastre
Por la sala.

(*Le levanta con violencia, asiéndole del
cuello.*)

Abun. Poco á poco.
No hay necesidad de ahogarme
Para eso.

Esteb. ¿Sabe usted,
Fiel de fechos vergonzante,
Que yo mando aquí?

Abun. ¿Quién duda...?
Esteb. ¿Si querrá usted disputarme
La novia? ¿Qué hacia usted
Arrodillado delante
De ella?

Abun. Soy flojo de nervios,
Y desde el año del hambre
Flaquean tanto mis piernas

Que no pueden sustentarme
Muchas veces. — Otros hay
Que de cogote se caen;
Pero yo, es maravilloso,
Siempre de rodillas.

Esteb. ¡Diantre!
Pues hágame usted el favor
De no sufrir ese achaque
Delante de mi futura,
O á palos sabré curarle.

Abun. Gracias,
Esteb. ¡Cuidado! — Y usted,
Niña, con ninguno me hable,
O nos oirán los sordos.

Cárm. Ese imponente lenguaje
No le pertenece á usted.
Yo dependo de mi padre
Solamente, y no acostumbro
A sufrir que otro me mande.

Esteb. Usted va á ser mi mujer
Dentro de poco aunque rabie,
¿Entiende usted? y no quiero
Que tolere en adelante
Otro amor que el de su novio;
No porque ese ruin abate,
Figura de friso antiguo,
Sea capaz de inquietarme.

Abun. (¿Qué escucho? ¡O tempora!
¡O mores!
¡Quantum in rebus inane!)

Esteb. Pero...
Cárm. Señor don Esteban,
Me es desconocido el arte
De fingir. Si Dios no quiere
Que mis lágrimas alcancen
Piedad de un padre cruel,
Podrá usted vanagloriarse
De ser dueño de mi mano...

Esteb. ¡Oh! Si.
Cárm. Pero, aunque me maten,
Jamás de mi corazón.

Esteb. ¡Eh! todo eso nada vale.
Usted me querrá, y tres mas.
Yo no soy de esos amantes
Débiles que, aunque de injurias
Y de desprecios los hartan,
Adulan á sus queridas.
Las miman y las aplauden,
(Se pasea sin hacer caso de don Bernardo,
que sale ya vestido y se le queda mi-
rando.)

ESCENA XII.

CARMEN, DON ESTEBAN, DON ABUNDIO,
DON BERNARDO.

Esteb. Sí; ¡pues bonito soy yo!

No hay en la provincia un jaque
Que tosa donde yo toso,
¿Y tengo de sujetarme
Al capricho de una niña?
Si otros maricas se abaten,
¿Qué importa? Yo soy muy hombre;
Y tengo cuarenta pares
De mulas en mi labranza;
Y se pierde en los anales
Mi nobleza; y tengo tres
Capellanías de sangre;
Y muchas prerogativas;
Y...

Bern. ¿Quién es ese salvaje,
(*Aparte con Cármén.*)

Sobrina?
Cárm. ¿Quién ha de ser?
¡Mi novio!

Esteb. Y á centenares
Tengo yo novias mas ricas,
Y de mas rancio linaje,
Y mas hermosas tambien
Que quisieran atraparme.
Pero no se ha de decir
Que un hombre de mi carácter
Ha llevado calabazas.
Yo sostendré á todo trance
Mi empeño; y me casaré
Aunque se oponga mi madre,
Y usted, y todo el lugar;
Y...

Bern. Eso no será tan fácil
Viviendo yo...

Esteb. Y ha de haber
(*Sin oír á don Bernardo.*)

La de Dios es Cristo si alguien
Lo estorba. ¿Está usted? Que yo
De bien á bien soy un ángel;
Pero de mal á mal no hay
Quien se me ponga delante.
Soy hombre que tengo puños,
¡Y pobre del que yo agarre
Del pescuezo!...

(*Lo hace con don Abundio.*)

Abun. ¡Ay! ¡Ay! Si; basta
Que usted lo diga.

Esteb. Es que nadie
Se atreverá...

Abun. Por supuesto.
Todos aman su gaznate
Y...

Esteb. Es mucha fuerza la mía.
Abun. ¿Quién lo duda? Formidable.
Es usted un cananeo;
Es usted un abencerraje;
Un Hércules; un Sanson;
Y no hay en los arenales
Del Africa un dromedario

Que le derrienguen á palos
Al revolver una calle.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

EL TIO LAMPREA.

Bien dije yo que sin palos
No acabaría la fiesta.
No lo han de contar por gracia
Los mozos de Valdearenas,
Y mas estando por medio
El terrible don Esteban.
Si no fuera por lo sobrino
Que ya los años me pesan,
Tratándose de la honra
Del lugar, el tío Lamprea
No estaría entre paredes
Cuando los demás pelean.

(*Mira por la ventana.*)

¡Oh! A qui tenemos al novio
Que viene echando centellas.
Rabiando estoy por saber
En qué paró la refriega.

ESCENA II.

DON ESTEBAN, LAMPREA.

Esteb. ¡Victoria por Peña-aguda!
Los de la vecina aldea
Por los barrancos abajo
Corren que el diablo los lleva.

Lamp. Me alegro.

Esteb. Porque han tenido
Este año buena cosecha
Nos han querido afrentar;
Pero no hay miedo que vuelvan
A habérselas con nosotros.
Bien escarmentados quedan.

Lamp. ¿Y por qué ha sido la riña?

Esteb. Yo te diré. En la taberna
Se juntaron unos cuantos
Con los de acá. Un tal Ortega,
A quien llaman los de allá
Por mal nombre Comadreja,
Con el hijo del herrero,
No sé sobre qué materia,

Que con usted se compare.
Jamás...

Esteb. Dómine de viejo,
Calle usted y no me enfade. —
¿Qué hace usted aquí?

Abun. Yo aguardo

Al señor para llevarle
A la fiesta del lugar
De órden del señor alcalde;
Pero si le estorbo á usted
Le iré á esperar á la calle.

Bern. No hay para qué. Ya nos vamos.
Tú sube á tu cuarto, Cármén;

(*Aparte con Cármén.*)

Que este novio es muy cerril.
Cárm. Tío, no me desampare
Usted...

Bern. Anda: no te apures.

(*Váse Cármén.*)

Oiga usted, señor alarbe,
El de las ochenta mulas,
Si no quiere granjearse
El odio de mi sobrino
Tenga mejores modales.
Yo no soy hombre de puños
Como usted dice, ni jaque,
Ni perdonavidas; pero
Tengo bastante carácter
Para obligarle á guardar
Mas respeto á estos umbrales,
O de lo contrario hacer
Que por la ventana salte.

ESCENA XIII.

DON ESTEBAN.

¿Cómo es eso? ¡Oiga usted...! ¡Vaya
Una cara de vinagre!
¡Oh! Y yo le veo resuelto...
A fe de Esteban Oñate
Que me ha cortado el tal tío.
Yo no soy ningun cobarde;
Pero, como no estoy hecho
A que me hable gordo nadie,
Confieso... ¡Eh! nada me importa
Que murmure y amenace.
Don Baltasar me ha elegido
Por yerno; soy el tu aut em
Del pueblo: él es temerario
Y le soplará en la cárcel
Si estorbar quiere la boda;
Y si acaso no lo hace
Por ser un hermano suyo,
Nada me será mas fácil
Que encomendar mi venganza
A cuatro ó cinco jayanes